

*Quijote.
Femenino.
Plural.*

**JOSÉ LUIS
LANASPA**

Después de ver y escuchar a la joven Ainhoa Amestoy, autora y actriz de la obra que representa, Sanchica, princesa de Barataria (la hija de Sancho Panza), uno se reconcilia con el porvenir del mundo de la cultura y del espectáculo, tan degradado a veces en la actualidad, sobre todo, en la televisión. Sanchica es una adolescente que sigue a su padre y a don Quijote en sus aventuras y que se cruza y conoce de cerca a las mujeres que se mueven en torno a ellos, desde Dulcinea a Teresa Panza, Altisidora o Maritornes. Una larga lista de féminas, “protagonistas — dice la autora— de unas vidas fascinantes que no se encuentran tan alejadas de nuestra realidad actual. Ahora, como entonces, podemos encontrar mujeres enamoradas, mujeres rechazadas, mujeres hermosas, mujeres encerradas, extranjeras, violentas, intrépidas o celosas”.

Ese camino recorrido por Sanchica es algo más que un anecdotario de una chica de pueblo asombrada. Es el eco del porvenir de una mujer nueva, más allá de ciertas apariencias externas y superficiales. Es el aprendizaje de la propia realización y de la vida con dignidad, tan costosa a veces. Una verdadera creación artística que trasciende realidad y belleza. Detrás del texto y de la interpretación está una joven

TEATRO

y genial Juglaresa de Lavapiés, llamada Ainhoa Amestoy, de la que nuestra cultura puede esperar mucho. Su actuación, esta vez de hora y media, ella sola en el escenario, entre las muñecas que va sacando del arcón y que representan a cada una de las mujeres descritas por Cervantes, resulta verdaderamente asombrosa. La dirección de escena es de Pedro Villora; la escenografía, de Andrea D'Odorico; el teatro, Centro Cultural de la Villa.

En un lugar de Manhattan

Si el Ingenioso Hidalgo y Sancho Panza asistieran a la representación teatral, dirigida por Albert Boadella en el teatro Albéniz, seguramente a la salida del espectáculo, se sentarían a reflexionar en la cercana Puerta del Sol y quizá empezaran por preguntarse en dónde se encontraban: si en un lugar de Manhattan o en Madrid. Sancho, más

sensato y a juzgar por la mixtura del gentío del entorno, aseguraría que aquello era Manhattan.

En cualquier caso, Boadella y su conocida Compañía vuelven a los escenarios con su estilo inconfundible, inesperado y provocativo. Para este autor “no queda un solo vestigio quijotesco en nuestra sociedad contemporánea”. Y lo que pretende —dice— es revivir por unos instantes algunos destellos de la novela y establecer careos con el presente. Así que a caballo de su Rocinante o, ahora, en moto, la vida que se nos presenta es incierta y con las permanentes goteras de siempre, que no logran arreglar ni don Quijote ni Sancho metidos a fontaneros entre otras cosas.

La obra es un ensayo en Manhattan de una supuesta versión cervantina, dirigida por una joven hispanoamericana que con su inconfundible acento, añade a la inmortal novela la universalidad y la viveza de nuestro idioma. En fin, aparte de los citados destellos cervantinos, es sobre todo un llamativo y desconcertante espectáculo del singular grupo que dirige Albert Boadella, Els Joglars, una de las más históricas compañías del teatro español contemporáneo. Destacan Minnie Marx y Ramón Fontseré; pero todos merecen sobresaliente: Xavier Boada, Xavi Sais, Dolors Tuneu, Jesús Agelet, Francesc Pérez, Pilar Sáenz y Pep Vila.

La espera y la esperanza de Beckett

Y continúa con éxito el gran Mihura del que ya hablamos en el pasado número de esta revista. A sus *Tres sombreros de copa* y al musical *Maribel y la extraña familia*, se añaden repetidas representaciones y actos en su homenaje en el Teatro

Español. Y ahora ha vuelto a los escenarios otro singular autor de su generación y del llamado teatro del absurdo: Samuel Beckett. *Esperando a Godot* y *Días felices* son las obras que se han presentado. Se dice que en esta última se encuentra el lado optimista del autor. La protagonista, medio envuelta en arena (como cualquier vecino de Madrid), supera las penalidades más o menos habituales de la vida y encuentra siempre motivos de satisfacción. Pero tampoco la espera del protagonista de su más conocida obra, *Esperando a Godot*, puede decirse que sea una inevitable desgracia. Más bien es la difícil esperanza, pero sin dejar de ser esperanza.